

que me condenaba. Mi tío, sin hacerme olvidar á mi padre, era quizás el único hombre que por su originalidad hubiera podido curarme la enfermedad moral que padecía; pero su muerte la hizo incurable, y para entregarme enteramente á mi dolor despedí al maestro de esgrima y al de baile.

Seria preciso tener mi fatal organizacion para comprender cuán aislado y solo me hallé desde entonces en adelante. En mi vida habia sabido mandar nada á nadie, y los que continuaron cuidado la casa fueron el general y rajah, que así les llamaba mi tío desde el día de mi engaño. Ambos eran fieles criados, me servian escrupulosamente, y no tuve que hacer mas que vivir, de manera que pasados dos ó tres meses, yo era ya otra vez el mismo hombre que antes, á escepcion de mi manera de vestir.

El castillo que mi tío habia comprado estaba adornado con ricos muebles, y sobre todo con una biblioteca bastante buena en la cual pasaba yo la mitad del día. Otras veces tomaba las obras de Xenofonte ó de Homero y me iba á reclinar sobre el césped de un bosquecillo que formaba los lindes de mi propiedad, absorbiéndome á veces tanto en el sitio de Troya, ó con la retirada de los diez mil, que el rajah ó el general tenian que irme á buscar para comer.

Un día que, como de costumbre, me estaba recostado en un árbol leyendo uno de mis autores favoritos, sacóme de mi preocupación el sonido de una trompa de caza que resonó no lejos de allí: levanté la cabeza, y al mismo instante pasó por delante de mí una zorra, deslizándose entre las yerbas. Oí en seguida el ladrido de los perros que acababan de encontrar la pista, luego salieron todos corriendo y pasaron por el mismo lugar que la zorra. Como yo pensé que los perros estarían seguidos de los cazadores, me retiraba para no ser visto, cuando resonó la trompa á ciento cincuenta pasos, y salieron de un bosque contiguo todos los cazadores llevados á galope por sus caballos.

Habia entre ellos una muger que iba delante de todos guiando su corcel con la destreza de una amazona; llevaba largo el vestido, un sombrerito de hombre en la cabeza, y en su rededor un velo verde. Yo miraba atónito la valentía de aquella señora, de que yo aunque hombre me creia incapáz, cuando acercándose hácia mí, se le enganchó el velo á una rama, cayéndosele el sombrero, apareciéndosele la hermosa cabeza y la rubia cabellera, cabellos que tenia tan conocidos. Sentí que las piernas me faltaban, y me apoyé contra un árbol.... Era Jenny que pasó como una vision sin detenerse, dejando á un picador el cuidado de recoger el sombrero, tan arrebatada iba en su carrera. Un minuto despues todo habia desaparecido, y á no ser por los ladridos de los perros, y el ruido de los

cazadores, hubiera creido que soñaba; pero volviendo de repente la vista desde el punto en donde habia pasado, vi en la punta de una rama un pedaza de velo verde. Corrí hácia él en seguida, y gracias á mi estatura pude cogerlo; lo besé, le puse sobre mi corazón, volví á besarlo, estaba loco de contento y era feliz como nunca lo habia sido.

En esto llegó á avisarme el rajah, pues tambien me habia distraído: aquella vez lo mismo le hubiera sucedido á cualquiera. Volvímonos juntos á casa, cuando al pasar por cerca de un soto, vimos á la otra parte á un hombre tendido en el suelo y junto á él un caballo que arrastraba la silla; por el trage del caído conocí que era uno de los cazadores, el cual, habiéndose separado del camino, no vió en el que seguia á galope tendido, un salto de lobo que habia al otro lado del seto, y al quererlo salvar se le espantó el caballo y quedó tendido en el suelo. Le levantamos al momento, y como estábamos á cuatro pasos del parque, lo llevamos al castillo; mientras el general iba en busca de un médico, el rajah fué á buscar el caballo.

Afortunadamente los cuidados del médico eran poco necesarios, pues á las primeras gotas de agua que le eché en la cara, y á poco de hacerle aspirar sales, volvió en sí el jóven cazador; cuando llegó el médico ya estaba en pié el enfermo. Fuese que el doctor creyese necesaria una precaución, fuese que no quisiese perder el viage, mandó una sangria, encargando que el enfermo guardase dos ó tres horas de reposo. Yo ofrecí á mi huésped mandar un criado para que fuese á calmar la inquietud de su familia. Como esta vivia á dos horas de distancia no mas, aceptó, y escribió á su hermana, que habiéndose perdido en el camino, se habia quedado á comer en una quinta vecina, y que por lo mismo tranquilizase á su padre, si acaso hubiese concebido algun temor por su tardanza. Acabada la carta, la cerró, puso el sobre y me la dió. Al darla al criado que debia llevarla, lei maquinalmente el sobre y vi el nombre de miss Jenny Burdett: aquel jóven era su hermano!.... La carta se me cayó de las manos.... tartamudeé una escusa.... y me salí del cuarto con pretexto de órdenes que tenia que dar.

Cuando volví á entrar, sir Enrique se hallaba ya del todo bueno, pero en compensacion, yo era el que me hallaba malo. El modo de encontrarle, el miedo que espermenté de que el accidente fuese de consideracion, el placer que sentí al ver que me habia equivocado, todo me habia hecho olvidar un momento mi timidez, pero ya la habia vuelto á recobrar, mayor que nunca, al saber el estrecho vinculo de parentesco de sir Enrique con la que tanto tiempo habia absorbido todos mis pensamientos. No obstante, por urbanidad ó por precaucion, me pareció que sir Enrique no se habia apercebido de nada, y todo el tiempo de

la comida, hizo el gasto de la conversacion con una facilidad elegante, que yo hubiera dado la mitad de mis riquezas y de mi vida por poseer. Despues se despidió de mí á las nueve, disculpándose y rogándome le perdonase la molestia que decia me habia ocasionado, y solicitando licencia para volver á darme las gracias por mi hospitalidad.

Cuando se marchó, respiré; toda nuestra conversacion de dos horas, confusa en mi cabeza, comenzaba á ordenarse. Segun lo que sir Enrique me habia dicho de su familia, vi que su padre sir Tomás Burdett, poseia doscientas mil libras de renta, y suponiendo, con toda probabilidad, que quisiese guardar la mitad para sí, podria dar treinta y cinco mil francos á cada uno de sus tres hijos. Por la fortuna podia yo aspirar á la mano de Jenny, es decir, á ser el hombre mas venturoso del mundo, segun mi parecer. Por otra parte el hermano de Jenny me habia dejado columbrar que su padre, forzado por la gota á permanecer tres meses del año sentado en su poltrona, y acostumbrado á la distraccion de sus hijos durante sus dolencias, trataba casarlos lo mas cerca de su vecindad. Como se ha visto, nuestras dos quintas no distaban entre sí mas que cinco ó seis millas, y tambien por aquel lado podia concebir esperanzas. Desgraciadamente, como yo me hallaba solo, debia dar todos los pasos por mí mismo, y me sentí á punto de desmayarme á la sola idea de hallarme cara á cara con Jenny, de hablarla, de darla el brazo para acompañarla á la mesa ó en el paseo: por otra parte, si no me presentaba, Jenny era la mayor de las dos hijas de sir Tomás, podia llegar antes que yo otro pretendiente mas osado y robarme mi felicidad haciendo á Jenny esposa suya. Jenny esposa de otro! ¡Oh! esta idea era capaz de hacerme volver loco.

Pasé toda la noche entre veleidades de valor y timidez, y por último logré dormirme á las dos de la madrugada, agobiado con mas fatiga que si hubiese luchado con un ángel como Jacob.

Fui despertado por el rajah, que entró en mi alcoba á darme una carta; la abrí con un temblor de presentimiento. Me la escribia sir Tomás; habia sabido el accidente de su hijo y los cuidados que yo le habia prodigado, y me decia que á no hallarse malo todavia de su último ataque de gota, habria venido en persona á darme las gracias, pero que deseando cumplir cuanto antes, lo que él miraba como un deber de toda su familia, me convidaba á comer al día siguiente.

Si hubiese leído mi sentencia de muerte no me hubiese puesto mas pálido. La carta se escapó de mis manos y me dejé caer sobre la almohada con tanto abatimiento, que el rajah creyó que me ponía malo. Le pregunté con voz apagada si esperaban respuesta, y me respondió que ya se habia marchado el que habia traído la carta, lo cual me animó un poco:

no tenia necesidad de tomar una resolucion instantánea.

Aquel día se pasó en alternativas de ánimo y temor; yo me decia á mí mismo que aquella invitacion abria la puerta á mis deseos, lo que habria llenado de contento á cualquiera otro hombre en mi lugar y con mis sentimientos, y que por ella entraba en la casa bja un excelente pretexto, el de un servicio hecho á un individuo de la familia; temblaba porque sabia que las mugeres se forman la idea de un hombre por el modo de presentarse la primera vez que lo ven. No se me ocultaba de que si alguna buena cualidad tenia no era de aquellas que resaltan á la vista; muy al contrario, para hallar en mí algun mérito se necesitaba conocerme y tratarme con mucha intimidad. Recordaba tambien lo poco favorable que me habia sido la mirada de Jenny en nuestro encuentro de Lóndres seis años antes, pues aunque no debia temer que me reconociera por haber olvidado aquella circunstancia, la tenia yo muy presente, y este recuerdo era peor que un remordimiento.

Llegó la hora de comer. Me puse maquinalmente á la mesa, pero no pude comer. Pensaba que al día siguiente á la misma hora me hallaria en casa de Jenny, delante de ella, y que mi suerte se decidiria por una desgracia ó una felicidad eterna, y esto por una torpeza ó tontería que yo fuese á cometer, y no podria evitar. Semejante estado era inaguantable. Pedí papel y tintero, y contesté á Sir Tomás, que una indisposicion repentina me privaba del honor de aceptar su convite. Llamé al general y le mandé llevar la carta; pero apenas habia marchado, sentí oprimirse el pecho. Subí á mi cuarto, me eché sobre la cama y me puse á llorar.

Si, á llorar, á verter lágrimas amargas, lágrimas de despedida á la felicidad de que no era digno, pues no me sentia con fuerza para cogerla del árbol de la vida; lágrimas de dolor, porque perdida aquella ocasion de ver á Jenny, tal vez ya no la volveria á encontrar mas; lágrimas de vergüenza en fin, porque conocia que era vergonzoso para un hombre ser así el esclavo de una necia timidez y de su debilidad miserable.

Pasé una noche horrorosa, y formé veinte proyectos á cual mas ridiculos. Quería escribir á Jenny directamente y confesarle mi amor, contarla mi debilidad, decirla que no habia mas que dos probabilidades para mí en el mundo, vivir á su lado, vivir eternamente feliz, ó vivir lejos de ella, y morir en la desesperacion. ¡Oh! conocia que una carta así la escribiria yo dolorosa, elocuente y apasionada, conocia que la escribiria con mis lágrimas. ¡Pero, cómo hacerle entregar esta carta? y aun entregada, si Jenny la tomaba por el lado ridiculo, ¿no era un hombre perdido? ¿no me condenaba á no presentarme jamás ante su familia, y mucho menos ante ella? ¿No valia

mas dar tiempo al tiempo y arrojarse en brazos de la suerte que parecia favorecerme? La casualidad es con frecuencia nuestro mejor amigo, y resolví confiarme á ella.

Así se pasó aquel día y recobré algun valor, y cuanto mas se aproximaba la hora de ir á casa de sir Tomas, mas ridiculo y exagerado hallaba el miedo del día anterior. Creia que si no hubiese rehusado su invitacion, hubiera tenido valor para ir á ella.

Despues, cuando dieron las diez de la noche, pensé que el día siguiente á la hora aquella, ya estaria concluido todo, que ya habria visto á Jenny, que seria amigo de su familia, podria visitarla cuando se me antojase, y sin duda ella me habria animado con alguna palabra, y en fin, que quizás á aquella hora seria un hombre en el colmo de la alegría, en lugar de ser el hombre mas desgraciado de la tierra.

El resultado de este raciocinio fué la formal resolucion de admitir el primer convite que se me hiciese. Besé el pedacito de velo, me acosté. Esta victoria sobre mí mismo, me produjo una noche tranquila, y me desperté alegre y casi dichoso. El día estaba magnifico, y apenas hube almorzado tomé mi Xenofonte, y por el camino acostumbrado me dirigí á mi árbol. A su sombra me hallaba, y abismado en lo mas profundo de mi lectura, cuando sentí que me tocaban en la espalda. Era sir Enrique.

—Y bien, mi querido filósofo, me dijo, siempre salvage y retirado; os prevengo que hay conspiracion contra vuestra misantropia, porque ninguno de nosotros ha creido en vuestra enfermedad.

Yo quise tartamudear algunas disculpas.

—No, continuó sir Enrique, nos habeis tomado por gente de gran ceremonia. Os habeis engañado, y la prueba es, de que en persona vengo á deciros espresamente que en casa se os espera sin etiqueta á comer.

—¿Cómo! exclamé yo: ¡hoy!

—Hoy, y os prevengo que no se os admite excusa alguna, y que se os esperará sin comer hasta que vengais, y que si no venis no se comerá. Ahora ved, si quereis cargar con la responsabilidad de que ayune una familia entera.

—No, de ningun modo.... ya iré, respondí haciendo un esfuerzo y suspirando.

—En hora buena, dijo sir Enrique. Eso es hablar en razon. ¿Qué leiais? ¿una novela de Walter-Scott, poesias de Tomás Moore, ó un poema de Byron?

—No, respondí, no, leía.... Yo no sé qué maldita vergiienza me detuvo en el momento en que iba á pronunciar el nombre del gran capitán, á quien sin embargo profesaba yo una veneracion casi divina. De modo que le alargué el libro.

Sir Enrique dejó caer una mirada en él.

—¿Griegos! exclamó: querido vecino, ¿cómo

quereis que yo lo lea? Desde que sali del colegio no he vuelto á ver ni una vez siquiera á esos autores cuya coleccion tan malos ratos me tiene dados, empezando por el divino Homero, y concluyendo por el sublime Platon. Sin jactancia puedo decir que soy incapaz de distinguir el alpha de omega.

Quise levantarme.

—No, no os incomodeis, continuó sir Enrique, yo no hago mas que pasar.

—¿Cómo! exclamé, ¿no me aguardais? ¿qué, no vamos juntos? ¿no me presentais á vuestra familia?

—No me hableis de eso, me respondió sir Enrique: estoy desesperado de que no hayais venido ayer, pero hoy tengo una apuesta considerable en una riña de gallos. No puedo faltar porque me esperan, pero estad tranquilo, que yo me daré prisa, y llegaré á los postres.

Si no hubiese estado sentado me habria caido. Todo mi valor me habia venido con la idea de que sir Enrique me presentaria en el salon de aquellas señoras, de las que no conocia mas que á Jenny.... Dejé caer mi Xenofonte con un sentimiento profundo de desaliento. Sir Enrique no se apercibió de ello, se despidió con la misma soltura con que se habia llegado á mí, dejándome consternado con la promesa que yo habia hecho, y que ya no tenia medio de retractar.

Permanecí así una hora agobiado y anonadado, y no salí del abatimiento sino para pensar que no me quedaba mas que el tiempo preciso para vestirme si queria llegar á casa de sir Tomás á hora de comer. Me levanté vivamente, y volví corriendo á la quinta. Encontré en la escalinata el *general* y el *rajah*, que viéndome correr desde lejos, acudian á ver qué me sucedia. Habianme creido perseguido por algun perro rabioso.

Subí á mi cuarto, revolvi todo el guardarropa, y por último, hice eleccion de un pantalón de color de tierra, claro, un chaleco de seda abrochado, y un fraque de verde-botella. Era la eleccion de colores que me pareció mas armoniosa. Mandé al *rajah* que me hiciese ensillar el caballo, deseoso de estarme solo un rato para ensayar ante el espejo el saludo de entrada que me habia enseñado el maestro de baile: y vi con satisfaccion que aun me acordaba de él bastante para hacerlo bien, si no se me iba la cabeza al tiempo de saludar. No obstante, no me tranquilizó del todo este ensayo, porque sabia la distancia infinita que hay de la teoria á la práctica. Hallábame en mi sétimo ú octavo ensayo, cuando volvió el *rajah*, y me dijo que el caballo estaba ensillado. Miré el reloj, y ya no podia esperarme mas, porque eran las cuatro; tenia que andar cinco millas, y no siendo muy fuerte en equitacion, no podia caminar mas que al trote. En consecuencia apelé á todo mi valor y bajé con paso bastante resuelto, tratando de silbar

una cancion, y dándome con el látigo en las pantorrillas.

—Preveo, dije yo; interrumpiendo al narrador, que van á suceder cosas tales, que no estará de mas un vaso de ponche, para daros ánimo para contarlas.

—¡Ay! contestó sir Williams, presentando el vaso, por mucho que preveais, jamás os aproximareis á la realidad.

Monté, pues, mi caballo, continuó sir Williams, y emprendí mi camino; durante una hora la preocupacion que me causaba la necesidad de conservar mi equilibrio, no me dejó ocuparme en otra cosa, pero á medida que iba tomando mi aplomo, se hacia mas cruel que nunca mi inquietud. Sin embargo, de vez en cuando algun respingo de mi caballo me recordaba el cuidado de mi seguridad. Tales movimientos provenian de que como mi maestro de baile me habia quitado radicalmente la costumbre de llevar los pies hácia dentro y enseñádome lo contrario, formaba con mis talones y el vientre del caballo un ángulo agudo, cuyo punto extremo eran mis espuelas, resultando que por poco escarceador que fuese el caballo, debía por último cansarse del continuo cosquilleo, y tomar un trote que no me dejaba pensar mas que en la critica posicion en que me colocaba. Pero apenas volvia á ponerse al paso se verificaba una reaccion mucho mas terrible que el peligro pasado, la cual subia de punto á medida que me aproximaba á la quinta de sir Tomas, que ya comenzaba á divisar á un cuarto de legua de distancia medio oculta entre una arboleda. Al mismo tiempo oí el sonido de una campana, y creí que era la de la comida. La idea de tener que disculpar mi tardanza me llenó de tal ansiedad, que olvidándome de que no me tenia firme en mi caballo sino por una especie de transaccion, y que no debía hacerle correr, le metí las espuelas en los bijares y le sacudí con el látigo en el cuello. El resultado de este rigor fué rápido como un relámpago, pues el caballo que hacia algun tiempo estaba contenido, tomó inmediatamente el galope; á los cien pasos perdí un estribo; á los doscientos otro: solté las riendas y me aferré al arzon delantero, pudiendo de esta suerte conservar el equilibrio. Los árboles corrian veloces y las casas daban vueltas como locas. Sin embargo; enmedio de todo esto veia la quinta de sir Tomas que parecia salir á mi encuentro con una rapidez increíble. Al fin pasó de repente el torbellino que me arrastraba, pero continuando el impulso que me daba el galope, vine á apearme de un salto por las orejas. Creime perdido, pero sintiéndome caer poco á poco, sobre un plano inclinado, me hallé en pie entre las aclamaciones de lady Burdett y de su hija, que habiéndome visto desde lejos, y contentas del deseo que de llegar pronto manifestaba el andar de mi caballo, se habian asomado á la ventana, para verme ejecu-

tar mi último juego de equitacion gimnástica.

Al verme en terreno firme vi que mis piernas estaban mas dispuestas á servirme que las de mi cuadrúpedo. Tranquiliéceme, pues, un poco y volví en mí, alcé los ojos, y me hallé delante de sir Tomás Burdett: su vista me dió aquella fuerza febril que debe dar á un reo la vista del verdugo. Adelantéme bastante animosamente hácia él, y cambiados los primeros saludos, me hizo pasar adelante, y entramos en su casa. Ya no habia nada que decir; era preciso tener osadía. Pasé con firme paso por una serie de habitaciones cuyas puertas estaban abiertas, para llegar al salon de la biblioteca en donde me esperaban: lady Burdett, fué la primera que vi, á su lado estaba Jenny. Entré, y á una distancia regular coloqué mis piernas en tercera, y al llevar hácia atrás el pie derecho, lo puse con todo el peso de mi cuerpo y con toda la fuerza de mi aplomo geométrico, sobre el pulgar del pie izquierdo del baron, que lanzó un grito, porque justamente tenia la gota en él: me volví rápidamente para darle mis excusas, pero sir Tomás me tranquilizó inmediatamente con su calma digna que me hizo admirar la fuerza estóica que le dió su buena educacion para sufrir aquel penoso accidente. Nos sentamos.

El aire gracioso de lady Burdett, el angelical rostro de Jenny, y la conversacion florida y amena de sir Tomás me animaron un poco, y pronuncié algunas palabras. La biblioteca era rica, y los libros estaban primorosamente encuadernados, comprendí que el baron era un hombre instruido y acorde conmigo en literatura en cuanto á las opiniones que yo habia emitido. Luego hablé de la magnífica coleccion de clásicos griegos que publicaba á la sazón el librero Longmann. Enmedio de los elogios que yo hacia, vi en un estante una edicion de Xenofonte en diez y seis tomos: como la mas completa que yo conocia no formaba mas que dos, escité tan vivamente mi curiosidad aquella novedad bibliográfica, que olvidando mi cortedad habitual me levanté para examinar las materias desconocidas que podian llenar aquellos catorce tomos de suplemento.

Sir Burdett, comprendiendo mi intencion, se levantó para prevenirme que lo que yo veia no era mas que una tabla, sobre la cual habian clavado tomos figurados para continuar la simetría de la biblioteca. Yo por el contrario creí que me queria ofrecer uno de aquellos tomos, y deseando evitarle toda molestia me precipité sobre el tomo octavo, y por mas que me dijo el baron, di un tiron tan fuerte que arranqué la tabla dejándola caer sobre una mesa y derribó un tintero de porcelana cuyo contenido se vertió sobre una magnífica alfombra turca. Al ver aquello lancé un grito desesperado. En vano sir Tomás Burdett y las señoras me decian que no habia mal ninguno y que no era cosa de cuidado, no quise oír na-

da, y echándome en el suelo, saqué el pañuelo y me obstiné en limpiar la tinta con él. Terminada esta operación me metí el pañuelo en el bolsillo, y no sintiéndome con fuerzas para volverme á mi sillón, me dejé caer sobre el inmediato.

Un quejido sofocado que salió de debajo del almohadon me causó nueva alarma: sin duda acababa de sentarme sobre un ser animado, y era seguro que por débil que fuera debería cuidar de su conservación, y no dejaría que yo añadiese impunemente el peso de mi humanidad al almohadon. En efecto, empecé á agitarse mi sillón con movimientos convulsivos semejantes á los que sacuden el monte Etna, cuando se remueve Encelado. Lo mejor hubiese sido levantarme inmediatamente y dejar libre al animal que tan injustamente oprimía. Entró entonces la hija menor de sir Tomás en busca de su *Mizifuf*. Comprendí yo que estaba sentado sobre el extraviado animal, de quien solo podía dar razon y de su paradero, pero era ya demasiado tarde para levantarme.

Eran demasiados estragos en diez minutos para un hombre solo, un baron cojo, una alfombra manchada, un gato, digo un perro estropeado por todos los dias de su vida. Me decidí al menos á ocultar á la vista de todos mi último crimen. Mi apurada posición me hizo feroz; y sentéme de firme añadiendo á mi peso la fuerza que hacia con mis brazos sobre el sillón, pero tenia que habérmelas con un animal que queria disputar caramente su existencia, así su oposición fué digna del ataque; sentí al animal replegarse, doblarse, y retorcerse cual una serpiente. En el fondo de mi corazón no podía menos de hacer justicia á la bella defensa, pero si él combatía por su vida yo combatía por mi honor y á los ojos de Jenny. Sentía que las fuerzas comenzaban á faltar á mi adversario, y esto redoblaba las mias. Desgraciadamente la dignidad que debía conservar la parte superior de mi persona me quitaba una gran parte de mis ventajas: hice un falso movimiento. Mi enemigo logró sacar una pata y sentía que me entraban en la carne cuatro uñas, cuatro alfileres, cuatro agujijones. Fijé entonces mi opinion, era un gato. Sea satisfacción de saber con que clase de enemigo tenia que habérmelas, ó sea poder sobre mí mismo, fué imposible á los circunstantes el conocer en mi rostro lo que pasaba hácia la parte posterior de mi persona, y el dolor del arañazo de *Mizifuf* habia aliviado á mi corazón de un gran peso. Ya no era un ser débil y sin defensa el que yo injustamente aplastaba, era un enemigo que me habia herido, y de quien me vengaba con toda justicia; no era un cobarde asesinato el que cometía, sino un duelo franco y leal en que cada combatiente usaba las armas que habia recibido de la naturaleza, y en que el vencido no tenia que culparse sino á sí propio de su derrota. Esperí-

menté entonces toda la fuerza que da una situación crítica, la conciencia de su derecho. Sentí cual Hércules el poder de ahogar al Leon de Nemea, hice otro esfuerzo, y vi que habia logrado mi objeto. Avisaron para ir á comer: si hubiesen llegado cinco minutos antes, me perdía.

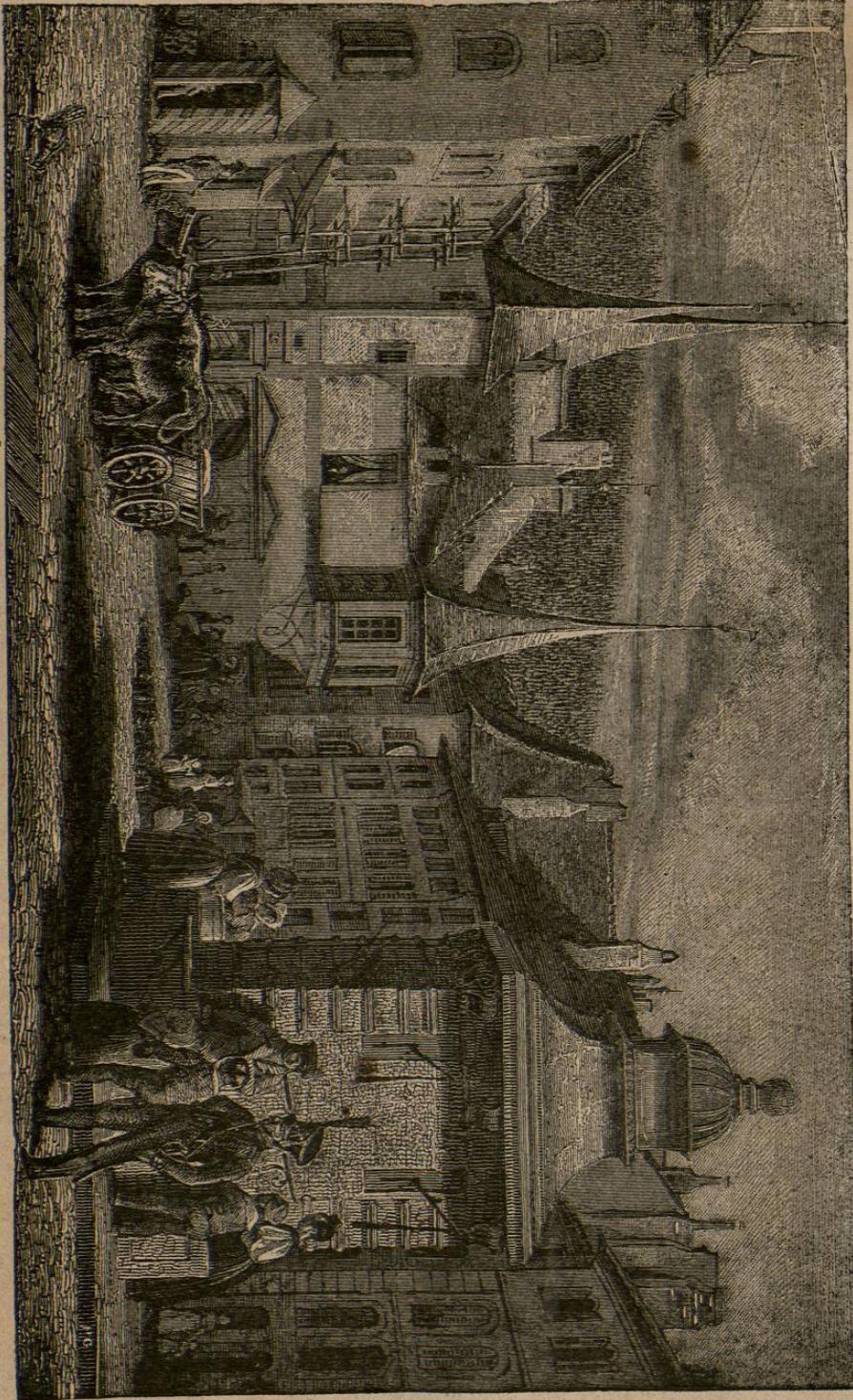
El sentimiento de mi victoria me dió una especie de exaltación, gracias á la cual tuve valor de ofrecer el brazo á lady Burdett. Después de haber vuelto á pasar por las habitaciones que antes he citado llegamos al comedor. Lady Burdett me hizo colocarme entre ella y Jenny, á quien aun no habia dirigido la palabra de cortedad, y sir Tomás y miss Dinah, su hija pequeña, se sentaron enfrente de nosotros.

Después del percance del Xenofonte, mi rostro estaba hecho una ascua, y ya comenzaba á serenarme y tranquilizarme cuando otro accidente nuevo vino á sacarme los colores. Habia acercado lo mas que pude á la punta de la mesa el plato de sopa que lady Burdett me acababa de dar, cuando al inclinarme para responder al cumplido que miss Dinah me hacia por el buen gusto de mi chaleco, me apoyé en el plato, y vertí sobre mis pantalones la sopa tan caliente aun, que nadie habia comido una encharada porque estaba hirviendo.

El dolor me arrancó un grito, y la sopa inundó mis pantalones chorreando hasta las botas. A pesar de mi servilleta, y de haber acudido en mi auxilio con las suyas lady Burdett y miss Jenny, el efecto del líquido abrasador fué prodigioso; tenia yo la parte inferior de mi cuerpo como en un horno, pero recordando el dominio que sir Tomás habia tenido sobre sí cuando le di un pisotón en su pie gotoso, contuve mis quejas y sufrí mi tormento en silencio, en medio de las reprimidas carcajadas de las señoras y de los criados.

No os hablaré de mis torpezas en el primer servicio: la salsera boca abajo, la sal vertida sobre la mesa, y un pollo que me dieron á trinchar por deferencia ó traición, y cuyas coyunturas no pude encontrar por mas que hice, vinieron á dar á sir Burdett y á su familia, una idea poco ventajosa del convidado que habian admitido á su mesa. Por fin llegó el segundo servicio, y allí era donde me esperaba la tercera serie de mis desgracias, á las que definitivamente debía sucumbir.

Trajerón entre otros platos un *pudding* con ron encendido; lady Burdett habia tenido la habilidad de servirme un pedazo sin que se apagase, y yo tenia ganas de alimentar, por medio de un pedazo clavado en la punta del tenedor y bien embebido con el alcohol, la llama que ardía en el altar que delante tenia: en aquel momento miss Dinah, que parecia haber jurado mi perdición, me pidió le alargase un plato de pichones que habia junto á mí. Presuroso en obedecerla al punto, me metí el pe-



Vista de Neuchâtel.

dazo de pudding encendido en la boca, y tanto hubiera valido tragar las ascuas de Porcia. No hay palabras con que haceros comprender semejante agonía: los ojos se saltaban de sus órbitas, y daba una especie de rugido nasal, que por fuerza debia ser desgarrador al oido. Por fin, á despecho de mi resolucion, de mi valor y de mi vergüenza, me vi obligado á arrojar en el plato la causa primera de mi tormento. Sir Tomas, su muger y sus hijas, experimentaban, lo veia bien, una compasion real por mi infortunio, y buscaban algun remedio, porque tenia el interior de la boca completamente quemado: el amo proponia el aceite comun, otro agua, y un tercero, que era todavia miss Dinah, afirmó que lo mejor era el vino blanco en tales circunstancias. Adoptó la mayoria esta opinion, y al momento me trajo su criado un vaso lleno del licor pedido. Por obediencia, mas bien que por conviccion, me lo llevé á la boca, y lo llevé maquinalmente, pareciéndome que habia puesto vitriolo en mis quemaduras; pues, fuera por chanza ó por equivocacion, el despensero me habia enviado un vaso de aguardiente el mas fuerte. Como no estaba acostumbrado á licores fuertes, no podia tragar aquel gargarismo infernal, que me abrasaba la lengua y el paladar, y conoci, que á pesar mio, iba á arrojar el aguardiente, lo mismo que lo habia hecho con el pudding. Llevé ambas manos á la boca y las crucé convulsivamente sobre mis labios, pero el liquido impelido por las convulsiones de la naturaleza, se lanzó violentamente á través de mis dedos como al través de los agujeros de una regadera, y roció á las señoras y todos los platos de la mesa. Resonaron al punto por todas partes grandes carcajadas, y en vano sir Tomas reprimió á sus criados y lady Burdett á sus hijas. Yo mismo conocia que era imposible no reirse, y esta conviccion aumentaba todavia mi martirio: subióseme á la cabeza el sudor de la vergüenza, sentia destilar una gota de agua de cada uno de mis cabellos, y entonces perdi completamente el espíritu. Para poner fin á aquella intolerable transpiracion, saqué mi pañuelo del bolsillo, y sin acordarme ni ver que aun estaba todo empapado de la tinta del Xenofonte, me enjuagué con él la cara, que al punto se halló embadurnada de negro en todas direcciones. Entonces ya nadie pudo contenerse: lady Burdett se dejó caer casi desmayada de risa sobre su silla: sir Tomas cayó en convulsion sobre la mesa, y las hijas casi se ahogaban. En aquel momento dirigí mis ojos á un espejo que tenia delante, me vi.... Conoci que todo estaba perdido, me lancé desesperado fuera del comedor, me precipité en el jardin: en aquel momento volvia sir Enrique: viendo huir un hombre á todo correr, me tomó por un ladrón y corrió tras de mí gritándome que me detuviese; pero la vergüenza me daba alas, salté el foso como un gamo espantado, y atravesando campos en linea recta, sin seguir ca-

mino alguno trazado, me dirigí hácia Williams-house, y vine á caer jadeando, muerto de fatiga y sin fuerzas á la puerta de mi quinta.

Estuve enfermo tres meses, durante los que la familia de Sir Burdett tuvo el buen gusto de no enviar ni un recado para saber de mi salud. Apenas pude levantarme hice traer un carruaje con caballos de posta, y abandoné la Inglaterra sin despedirme de nadie, llevando conmigo por único consuelo, este pedazo de velo que conservaré toda mi vida, y que quiero coloquen en mi féretro despues de mi muerte.

Ahora ya adivinareis por qué me habeis visto el otro dia bajar tan rápidamente el Righi, y es que supe á la mitad del camino que entre los viajeros que me precedian habia un compatriota que podria conocer mi nombre y mis aventuras. Ved aqui la vida que llevo; huyendo siempre de toda sociedad, devorado por la idea de que todas las desgracias las debo á mí mismo, y agobiado por la conviccion de que no hay felicidad posible para mí en este mundo.

Desgraciadamente no habia nada que replicar á esto. Esto era claro como el dia y cierto como el Evangelio. En su consecuencia, en vez de perderme en vulgaridades filosóficas, hice traer un segundo bol de ponche, y al cabo de una media hora, tuve la satisfaccion de ver á sir Williams, si no consolado, al menos fuera del estado de sentir momentáneamente toda la estension de su desventura.

ZURICH.

Al dia siguiente muy temprano entré en el cuarto de sir Williams, y le encontré profundamente aterrado. El remedio de la vispera habia producido un efecto enteramente contrario al que yo aguardaba. Sir Williams tenia el ponche triste, y no habia mas que hacer que dejarle morir tranquilamente del esplin.

—¡Hola! me dijo al verme y tendiéndome los brazos: ¿sois vos, querido amigo? ¿con que no me habeis abandonado?

—¡Cómo abandonado! me parece que todo al contrario, os he sacado de debajo de la mesa cuando el exceso de vuestras desgracias os han hecho rodar de vuestra silla, os he metido tiernamente en la cama y os he deseado todos los sueños que debieran salir esta noche por la puerta dorada. No podia hacer mas.

—Si, podiais hacer mas, y acabais de hacerlo; podiais volver esta mañana á verme, y habeis vuelto. ¿Consentiriais en continuar el viage conmigo?